

Caraqueña, hija de inmigrantes gallegos. Licenciada en Letras (UCAB), candidata a Magister en Historia de Las Américas (UCAB).

Profesora de la Universidad Metropolitana desde 1989. Durante estos 21 años, ha dictado las cátedras: «Procesos del Lenguaje», «Pensamiento Occidental» y «Lengua y Universalidad». Desde 2009 se desempeña como docente de las materias «Morfosintaxis» y «Redacción I y II» en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello.

Como investigadora, se ha presentado en varios eventos internacionales entre los cuales destacan: Exposición sobre la obra del poeta venezolano Enrique Planchart con motivo de la apertura de una sala de estudios de la Biblioteca Nacional en su nombre. (Caracas, 1998), V Jornadas Nacionales de Investigación Humanística y Educativa, (Caracas, UCAB, 2004), XII Congreso Anual de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe (Tabasco, 2005), III Congreso Sudamericano de Historia. Desde nuestro pasado a la comunidad Sudamericana de Naciones (Mérida, Venezuela, 2007), VIII Encuentro Internacional de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (Caracas, 2007), Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales en Conmemoración de los 50 años de FLACSO, (Quito, 2007), I Encuentro Internacional de Estudios Marítimos, (Caracas, UNIMET, 2008), Congreso de Investigación y Creación Intelectual de la UNIMET, años 1998, 2008 y 2010.

Hoy nos da a conocer otra faceta: poeta.

Trauphis

Los azulejos comieron y sólo se escucha la lenta cadencia del rosario que ellas rezan
todas las tardes desde tiempo atrás.
Yo no sé cuánto, porque apenas entré un instante en sus rezos.
Muchos azulejos se han ido con el tiempo y la muerte.
Pero siempre nacen otros para entrar, comer la fruta y partir.
Cuando ellas mueran, ya no habrá más tardes, o acaso sí, en mi memoria.
Al final: siempre se irán los azulejos de las tardes de Medellín, ellas y sus rezos, y la
lenta cadencia donde las vi.

Nunca vendrás por mí secretamente,
y me llevarás lejos,
a donde yo no sé.
Nunca veré tu sonrisa de ese día.
¿Dónde ha estado la de todo este tiempo?

Será verdad que voy a amarte siempre,
Que morirás primero que yo,
Que sentiré el más tremendo de todos los vacíos.

Las horas pasan pero yo permanezco quieta.

Demasiada quietud.

¿No la oyes?

Debo moverme, cerrar lo inconcluso, irme.

A dónde.



Cuántas voces alrededor: ideas, sentidos, emociones.
Cuántas proyectando sus días, apostando a la continuidad.
Como si escapar fuera posible.
Y vives así, con la certeza de tener un tiempo para ver ballenas, ir a Montmartre y recordar cuánto amaste a Proust.
Qué lejos están aquellos días: tu madre te trajo de España: *En busca del tiempo perdido*.

Villahermosa: Tus manos, quién volverá a tocarme así.

Un temblor en la avenida Páez.
Madrid, un beso al salir de la ducha.
Tu última piel.

Un tiempo de espera.

Qué sentido tiene ser muy, muy pequeño.
Acabas de nacer: Dolores.
Tu padre llora: él me lo contó años después.
Mi madre: no sé. Quizá, preocupación.
Y yo, tristeza: No te preocupes, yo no soy un canalla.
Y a pesar de esos días: Yo, lo mejor de la vida.

Voy por días que no sé.
Aún los soporto; pero habrá un tiempo en que me ahogarán.
Voy hacia ellos.
Cuánto espacio entre ahora y las risas interminables de la infancia.

A penas se perciben las naranjas y las caracolas dulces.
Llevo conmigo la arena y las flores de aquel día.
Tu sonrisa siempre y tu cuerpo lejano.
Aún habría que esperar por él.

Todo está abierto: las tierras de mi padre,
tu casa y la mía,
los lugares a donde he ido desde siempre,
las calles sin mí.

Cuánto placer el olor del monte. Entonces ¿Por qué lejos?

¿Si lo sabía, por qué mi padre no fue hasta él?

¿Qué esperaba?

Más vida. Más tiempo.

Es un estremecer, un quedarse absorta, trémula, honda, dolida.
Mi madre, la culpa de no acompañarla cada día.
Mi hermano, la tristeza de su vida.
Mi padre, la fuerza postrera de sus manos tomando las mías: un vano respirar, mi pena siempre.
Tú: qué distantes, emociones y temblores.
Mi vida: a veces sí, y otras se niega.

Montes acercándose al mar: Paria.
Tierra distante: nadie oye las olas que llegan a sus verdes.
Se ha hecho silencio la ambición de lo hombres.
El cacao aún crecerá por cien años.
Ahí, en medio de ese tiempo: hojarasca inmensa, humedad.

Un camino cruza montes distantes del mar: humedad y sombra.
Hombres y mujeres de cacao van en él.
Los días de este tiempo: las demandas de la vida y la muerte.
Humedad y sombra reclamándose siempre.
He rozado sus pasos.
Y ese tiempo de hojarasca inmensa.
La historia y sus preguntas no me inquietan.

Cuántas palabras leídas en tu soledad.

Ya no quedan líneas para ocultar la ansiedad de otros días:

El recuerdo incansable de unos ojos: promesas que no se colmarán.

Tus propias palabras a un destinatario, y su tiempo que ya pasó.

Ahora te abres con esa fuerza tuya y gritas para que entren:

Hombres con corazón de mujer,

Mujeres de pieles blancas que te seducen.

De cuántos arrebatos serás capaz para cubrir un tiempo y abrir otro.

Un día, otro día, otro...el análisis de estructura, quince minutos insuperables de trote, la historia de la filosofía, los muebles viejos de la cocina, las doscientas matas de lechosa, el país, el presidente, el agua que no llega, las angustias de mi madre, de pronto tan vieja, unas tierras, la vida beoda de mi hermano, la muerte de mi padre, las amigas de la vida, las conversaciones de siempre, las risas por los mismos recuerdos, un niño que tampoco llega, la madera que se pierde, estuvo perdida desde siempre, el cielo que vio cómo la sembraban ya lo sabía, las mujeres distantes del cacao de Paria, y mucha, mucha cerveza.

Hay una tristeza en la tarde y ha llegado hasta mí.

Distanciarnos,
Perder: qué quieres hacer.
Y la voz, la mirada que las acompaña.
No, ya es suficiente con lo que me está negado.
Es un roce perdido desde siempre.
Esta tristeza suspendida en mis ojos, en mi garganta.
Mi conciencia de lo que no será.

No sé de tus soledades. Una voz triste, apenas.
Tus hijos se han marchado como extraños, a pesar de todo tu tiempo.
Sus propios caminos. Y ahora, descubrir que falta el tuyo.
Cuartos vacíos: Qué no hice.
Los has mencionado dos, tres, cuántas veces en ti.
¿Te habrás parado en esas habitaciones vacías a pensar en tu vida?
Cuánta tristeza
Que nadie puede llenar.
Soledad que yo no conoceré. Esa no.

Tiempo atrás,
un día sin verte: dolía.
Tenerte cerca, también:
ahogo,
quemadura,
sequedad,
deseo.
Y una alegría como si no hubiese:
pájaros verdes y rojos,
árboles,
montañas,
mar y sus conchas,
ni el agua dulce que se empoza y la que
salta,
ni mis quereres.
ni lo que me ha dolido siempre.
Ahora,
estás en tu casa.
Y yo,
adivino tus pasos.

Leo unas viejas líneas, tú debes guardarlas contigo: estás en tu casa y yo adivino tus pasos.
Un tiempo distante: ya no busco imaginar tus gestos, ni dónde estás ahora.
Ahora, comienzo a vivir sin ti.
Cómo imaginarlo tiempo atrás.

Servando, el mejor hombre.
Una vieja amiga, una anciana, hoy nombró el calor de mi padre.
De pronto, el tiempo no había transcurrido.
Me he apartado de su recuerdo como un insulto.
He ido a ocuparme en cosas vanas.
He escuchado a su hija: desprecia sus palabras tontas, su cuerpo inútil, sus gestos sin sentido, su mirada perdida porque hace ya tiempo que no ve la luz.
Parece esperar el fin.
Yo busco no recordarlo.